

EL MEDIADOR

C. Jinarâjadâsa

En el esfuerzo del hombre para establecer la naturaleza del substratum del universo, ha sido corriente en el pasado describir la Vida como una persona. A menudo, esta personalidad de Dios se representa como si tuviera un atributo de la naturaleza física del hombre: la respiración. En la tradición hindú, la palabra Atman es un significado primario, “respirar”, y en un verso del Rig Veda se describe al Uno como *respirando*. En Occidente, la frase “espíritu de Dios” es constante en el judaísmo y en el cristianismo. La palabra espíritu procede de la raíz latina *spirītus* que significa respiración.

Así comienza un himno cristiano bien conocido:

*Respira sobre mí, respiración de Dios,
lléname con nueva vida,
para que pueda yo amar lo que Tu amas
y haga lo que Tú haces.*

¿Qué sugiere esta idea de una respiración en el universo? Es una gran verdad, difícil de explicar, y que, sin embargo, más pronto o más tarde uno descubre en una de las miríadas de formas de su revelación. No solamente en el universo vivo como si fuera una entidad, sino como si su vida latiera en una especie de sístole y diástole, lo mismo que si el universo inspirase y expirase.

No obstante, descartando estos símiles antropomórficos y adoptando el más cercano a nuestra mentalidad actual, la gran verdad puede expresarse de forma diferente diciendo que el universo tiene dos corrientes de energía, una descendente y otra ascendente. Estas dos corrientes son la misma cosa, iguales, como en la corriente eléctrica, el positivo y el negativo son iguales en esencia. Y justamente como cada partícula de materia contiene electricidad positiva y -negativa, así cada partícula de vida, tanto mineral, planta, animal o humana, es el punto de encuentro de las corrientes descendentes y las ascendentes.

Todos nosotros nos damos cuenta de la corriente ascendente en todas partes. En la planta que crece una vida se manifiesta y la llamamos con su atributo expresivo *vida*. Pero más cuando a nuestros ojos está el hecho de que cada planta es un canal o tubo a través del cual otra onda de vida, que ya se ha manifestado, regresa al punto del que provino. Amo a mi amigo y él es -en ese momento-

el espejo de lo divino para mí. Veo la gloria de Dios descendido en su cara. Pero mi amigo es también un santuario para recibir lo que puedo dar a la Vida Una, de donde él y yo procedemos. En su rostro sé cómo mirar, también veré al Dios ascendente.

Uno de los privilegios de la vida del Dios descendente, y de Su ascenso de nuevo también, es que desea llevar lo que la manifestación tiene que dar. Somos capaces de comprender que la trascendencia es así tan perfecta que no necesita nada de la immanencia. Sin duda, es cierto que el universo no se habría manifestado desde lo Inmanifestado si no fuera porque después de que la manifestación acaba, lo Inmanifestado es, de forma misteriosa, más perfecto. Es contrario a la tradición filosófica especular si Brahman, el Absoluto, tiene más de Sat, de Chit o de Ananda o no, después de que la manifestación se termina. Sea como sea, los místicos conocen esta verdad de que el Dios en ascenso se lleva con Él todo cuanto el universo puede dar.

Este hecho de la llegada y el retorno de la corriente de vida es la base de mucha de la falsa interpretación de la doctrina de la expiación. En su presentación más vulgar, la expiación es el sustituto de un chivo expiatorio sobre el que recaen los pecados del culpable. Pero la verdad real que subyace en la expiación del Cristo, *quien por nosotros y para nuestra salvación descendió del cielo y se hizo carne*, es que Él expía a la humanidad ante Dios de una forma que no puede hacer más que un Cristo. Esa gran alma que se convierte en un Cristo es el alto sacerdote de la humanidad ante Dios, porque las corrientes de vida que circulan por todas las almas, regresan a su origen no solo a través de ellas, sino de alguna forma misteriosa a través de Él. Un Cristo es un mediador al ser dual en su naturaleza, pues es tanto hombre como Dios. Es Dios como fruto de un proceso evolutivo, y siéndolo es un hombre. Por tanto, un Cristo se convierte en un sacerdote de la humanidad, rezando en el altar de la humanidad y rezando a Dios a favor del pueblo. No obstante, al mismo tiempo, El es el canal por cuyo medio la bendición divina llega a la gente. Por tanto, en el ritual cristiano se dirá gráficamente que cuando la congregación **adora Dios** se manifiesta en el Sacramento y le ofrece su adoración. **Puede que vaya una coma después de *adora*, o puede que sea, *adora a Dios*.**

“Por tanto, oh Señor y Padre celestial, nosotros Tus humildes siervos Te ofrecemos el regalo más precioso que Tú nos has otorgado como prueba de nuestro amor y de nuestra perfecta devoción y sacrificio de nuestras mentes y corazones hacia Ti; rogamos que Tú desees ordenar a Tus ángeles sagrados poner nuestra oblación en Tu altar, en lo más alto, para que Él

que es eterno, la ofrezca como el eterno sumo sacerdote se ofrece por siempre como sacrificio eterno”.

¿Pero como puede suceder que uno solo, un Cristo -que será un Buddha-, la rara floración de nuestro árbol-humanidad puede permanecer así a medio camino entre el hombre y Dios como un mediador hacia quien las corrientes de Vida descienden y ascienden hacia y de todos los hombres? Pues es porque Él hace que su naturaleza, vida tras vida, al **vivir de una a otra**, se haga una con cada corriente descendente por medio de Su simpatía, comprensión y sacrificio. Él es uno con el pecador y comparte con él la lucha de la tentación, peca con el pecador, y comprende incluso el pecado y compadece al pecador; sufre con el pecador cuando paga su deuda por el dolor y fortifica la voluntad para el arrepentimiento, Él se hace uno con cada clase de vida humana y se hace uno con el rey y el siervo, el maestro y el servidor, con el obrero y con el dirigente, con la esposa y el esposo, con el padre y el hijo, con el escéptico y con el profesor, así se convierte vida tras vida hasta que ni una sola petición de luz, ni una sola emoción de alegría que suceda en el mundo, encuentra instantánea respuesta en Él. Es aún más maravilloso que cada corriente de vida de animal, planta o mineral que está hermanada con Su vida hasta que en verdad Él es la parra y nosotros las ramas. Los elevados ángeles también forman parte de Él y sus necesidades son Sus necesidades.

*Nunca un suspiro de pasión o de piedad,
nunca un gemido de debilidad o de error
que se ha reflejado en la ciudad de los ángeles,
no encuentra su eco en la canción sin final.*

Así, habiéndose hecho uno con todo lo que vive, las corrientes que regresan en las criaturas del mundo fluyen en su regreso a su origen también por medio de Él, y al retornar Él canta el himno de alegría y de alabanza que en silencio sienten los demás pero no pueden expresar. Él ofrece a la Vida Una la alegría del sacrificio que bien prepara a los hombres que aspiran a la Luz y se comprometen a servirle.

Esta maravillosa expiación es, de alguna manera, privilegio de cada alma. Cualquier hombre o mujer puede convertirse en ese maravilloso misterio, la puerta de entrada a la vida a través de la cual la Divinidad desciende y asciende. Preparamos nuestras naturalezas para Su descenso al aspirar a la luz, la pureza, al elevar un poco el pesado karma del mundo. Pero nos preparamos para Su ascenso por una orientación especial de nuestro corazón y nuestra

mente, primero hacia todas las alegrías de la vida y luego a todos los sufrimientos. Cada alegría nos llega, no para que forme parte de nuestro espíritu al dirigir sus pasos al origen de toda la alegría. **Parece que falta algo.**

¿Puede mi amigo hacer salir de mi amor y transformar su vida? Pueda yo agradecer a la Divinidad lo que emana de él hacia mí para proporcionarme alegría. Pero con mi gratitud debo enviar con la corriente de retorno a mi amigo amado algo mío que la Divinidad puede crear en Su vida imperecedera. ¿Me ama mi amigo? Entonces no debo guardar su amor como algo mío, sino mandarlo por mi medio, cada vez más arriba con las corrientes que retornan que fluyen a través mío. ¿Alguien me agradece algo? En verdad no era a mí a quien debía dar gracias, sino a la Divinidad descendente que él adoró por mi medio, una acción que merecía gratitud. ¿Alguien se arrodilla ante mí como un salvador? Entonces debo transferir esa adoración cada vez más arriba a la Vida una de donde partió el mensaje de salvación. La flor, la colina, la cordillera, y el mar me inspiran con su belleza y su grandeza. Pero por medio de la flor, la colina, la cordillera y el mar, debo enviar con la corriente de retorno de ellos, mi ruego y adoración a la naturaleza, para añadir un pequeño rayo a la gloria que rodea al Uno.

Mis pesares también se refugian en las corrientes descendentes y ascendentes. Cuando sufro solamente veo el mal karma mientras que la corriente descendente me aporta descenso. En la corriente ascendente, ¿dónde está mi dolor? En el propio karma pues ningún karma es ciego y sin propósito. El universo sufre con mi sufrimiento, pero la Voluntad Cósmica en el universo ha determinado transformar toda vida en alegría en lugar de dolor. Debe ascender por mi parte una gratitud a la Justicia que me enseña que la Ley es todo en todo hacia la compasión que trata de crecer en mi suelo **de oscuro de dolor** las blancas flores de la virtud y la energía. **Puede ser suelo de oscuro dolor, o suelo oscuro de dolor...**

Así, lentamente, el hombre ha de convertirse en un mediador, hasta que, vida tras vida, el círculo crezca, y en el umbral del Nirvana, el hombre tenga dentro de su circunferencia todo lo que vive.

*

* *